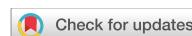
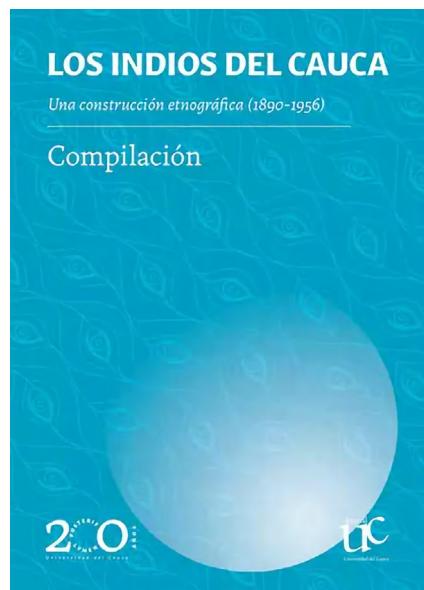


Un archivo de épocas etnográficas

Reseña del libro *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco

Juan Carlos Orrego Arismendi



^a Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-5974-9206>

Correo electrónico: juan.orrego@udea.edu.co

Caía esperar que la Editorial Universidad del Cauca, en la colección Posteris Lvmen que creó para conmemorar el bicentenario de la fundación de la universidad, incluyera un volumen sobre las culturas indígenas asentadas en ese departamento. Se trata de *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, un conjunto de siete artículos compilados por el profesor Cristóbal Gnecco y cuyo foco son las etnias nasa y misak (que en el volumen son llamadas “paeces”, en el primer caso, y “moguex” o “guambianos”, en el segundo). De hecho, no se trata del único trabajo relacionado con la materia: en el catálogo de Posteris Lvmen también se encuentran clásicos del indigenismo y la etnología caucana del calado de *Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas*, de Manuel Quintín Lame, y *Territorio, economía y sociedad paez*, de María Teresa Findji y José María Rojas.

¿Por qué no sorprende esa tendencia editorial? Porque la vida indígena en el Cauca ha sido, por varias razones, una referencia significativa en la antropología colombiana. Digo esto pensando no solo en la diversidad de los grupos indígenas que han poblado la región al menos desde el siglo XVI —una diversidad que se hace compleja por la simultaneidad de experiencias tan disímiles como la autoctonía o la radicación tardía de los pueblos de la región—, sino también por la madurez política de la organización comunitaria en el siglo XX, la cual hizo posible el surgimiento, en 1971, del emblemático Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC). De paso, no sobra mencionar que fue en la vida amerindia caucana en la que la literatura indigenista colombiana ambientó sus novelas más emblemáticas, como pueden serlo *José Tombé*, publicada en 1942 por Diego Castrillón Arboleda, y cuyo tema es la insurrección de un líder nativo que estaría inspirado en Quintín Lame; y *La tierra es del indio*, obra que Jaime Buitrago dio a luz en 1955 y cuyo protagonista es actor en la disputa entre los defensores de la propiedad comunal y los adalides de la posesión a título individual de las parcelas.

Cristóbal Gnecco, con ánimo más crítico que enciclopédico, ha juntado artículos representativos de un periodo de la escritura etnográfica que bien puede entenderse como “fundador” de una perspectiva disciplinar todavía vigente, o al menos de forma parcial. Asimismo —pero el compilador aclara que se trata de un objetivo secundario—, *Los indios del Cauca* significa la oportunidad de leer en español, por primera vez, algunos de los trabajos colecionados. Es lo que sucede con los de Léon Douay (“Contribución al americanismo del Cauca”, [1890] 2023), Henry Pittier de Fábrega (“Notas etnográficas y lingüísticas sobre los indios paeces de Tierradentro, Cauca, Colombia”, [1907] 2023) y John Rowe (“Un esbozo etnográfico de Guambía, Colombia”, [1953] 2023). A estos autores se juntan otros cuatro, cuyos ensayos ya habían aparecido en revistas o libros colombianos: Gregorio Hernández de Alba (“Etnología de moguex y páez”, [1944] 2023), Jesús María Otero (“Los indios guambianos”, [1952] 2023), Horst Nachtigall (“Shamanismo entre los indios paeces”, [1953] 2023) y Segundo Bernal (“Mitología y cuentos de la parcialidad de Calderas, Tierradentro”, [1953] 2023). La aplicación sistemática del criterio selectivo, que consiste en retratos etnográficos, explica la exclusión de otros textos clásicos sobre el Cauca del mismo periodo, como las páginas históricas de Juan Friede sobre los procesos de resistencia

de los propietarios indígenas, *El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del Macizo Central Colombiano*, cuya publicación se dio en 1944.

El compilador apuntala una tesis sobre los siete ensayos, y esta es, básicamente, la de la insuficiencia, o mejor, la del carácter deformador de la etnografía clásica. En el prólogo de *Los indios del Cauca*, Gnecco se afilia a una perspectiva escéptica a propósito de la presunta redención que la aproximación antropológica habría de significar para pueblos que, antes, desde la invasión española, habían padecido las sentencias de la destrucción y de la evangelización, y que solo desde la segunda mitad del siglo XIX pudieron aspirar a ser comprendidos por la vía del estudio científico de sus expresiones culturales. Gnecco es implacable al respecto: para él es claro que la mirada externa de los etnógrafos hizo de la vida indígena, hasta sus peores consecuencias, una realidad objetual. La convirtió en una realidad de museo, es decir, en una condición estática y, sobre todo, incompleta. La descripción, siempre selectiva —y siempre en riesgo de viciarse en un detallismo rayano en lo ridículo—, ha puesto y ha quitado elementos en su dibujo, de manera que la imagen resultante del indígena es la de un ser, en esencia, carente. Se le escamotea, sobre todo, la posibilidad de pertenecer al tiempo histórico, y las pocas veces en las que se le reconoce unido a esa dinámica es para señalar lo que su cultura ha perdido; de hecho, según sugiere el prologuista, los textos de su mostrario abogan por la cancelación definitiva de esa existencia caduca. Esa inferencia, acaso extrema, recuerda al Claude Lévi-Strauss de *Tristes trópicos* cuando, con sobrecogimiento, sopesa la posibilidad de que el antropólogo no sea otra cosa que el funesto notario de la desaparición del mundo preindustrial (Lévi-Strauss, [1955] 1992).

El asunto tiene, también, su ribete moral: en la invención etnográfica del indio, este no es más que un ser para el conocimiento, pero no para la interacción, puesto que su ética y su sensibilidad —sus valores— no interesan; no se quiere afrontarlos en un juego horizontal de contacto y reciprocidad social. Gnecco cree que esa obsesión epistemológica —o, si se quiere, *epistemologista*— rige, fatalmente, la enseñanza disciplinar: “a los antropólogos en formación se les enseñaba (se les exigía, y todavía se les exige) una descripción distante, desapasionada, sin lugar. La axiología era (es) una debilidad de su discurso” (Gnecco 2023, 22). Al final, la crítica arriba a la convicción de que el sabor instrumental del relato etnográfico tradicional —o, cuando menos, del más difundido— nace del solapamiento de la persona del descriptor, quien acaba siendo, también, una víctima de la representación positivista. Por consentir el etnógrafo en anular su ser, cede el paso al frío protocolo informativo en el que, incluso, el lenguaje desaparece, constreñido a formas adelgazadas en las que no hay lugar para una expresividad plena. De ahí la consigna, casi poética, que cierra el prólogo: “La etnografía liberada de la ortodoxia instrumental de la disciplina trata con las palabras, las hace girar en el aire, emitir destellos. También dice, y no se cansa de decir, que la descripción de los asuntos culturales no es, no tiene por qué ser, un asunto restringido a los expertos” (Gnecco 2023, 31).

No deja de ser paradójico que el primer texto del volumen, invocado para mostrar los descomedimientos de la etnografía, sea, precisamente, el trabajo de un “etnógrafo” que no era experto, puesto que Douay, del que se sabe poco, era un agente farmacéutico interesado por la explotación de la quina. Como quiera que sea, es verdad que el escrito de este francés

deja ver el desliz de la discontinuidad en el retrato cultural, puesto que, en buena parte, la descripción avanza de manera deshilvanada, como si saltara de curiosidad en curiosidad. A esto se suman algunas contradicciones —en un mismo párrafo, por ejemplo, Douay sugiere que paeces y moguex son burdos y hábiles para la agricultura—, viñetas románticas como aquella del triste tañido de la flauta indígena y, sobre todo, un amplio surtido de expresiones prejuiciadas que hacen ver a los habitantes ancestrales de la región como gente troglodita, dada al chismorreo, entregada de manera inmoderada a los festejos y consumidora de alimentos desagradables, entre otros lugares tan comunes como peyorativos. Tampoco es menos influyente, como factor de la imprecisión descriptiva, la heterogeneidad de los datos, puesto que, mientras que la información sobre los moguex fue tomada de primera mano, la que se refiere a los paeces se apoya, sobre todo, en la pesquisa bibliográfica. Algo juega, también, la libre imaginación etnológica del autor, a quien desvelan sospechas difusionistas que ponen ciertos rasgos de la vida páez en el contexto de prácticas hindúes.

De esos y otros problemas también adolecen los otros textos, si bien —y es notorio— en menor grado. Pittier de Fábrega ([1907] 2023), por ejemplo, con todo y que es mucho más sistemático y mesurado en su caracterización de los paeces, no logra sortear una comparación desobligante: describe el “olor peculiar de los indios” por su semejanza con el del “sajino o puerco salvaje” (Pittier de Fábrega [1907] 2023, 76). Como tantos antropólogos de la época, resbala en la tentación de desdibujar los elementos religiosos ancestrales y, en cambio, encomiar la “obra civilizadora” desplegada en la región por los misioneros cristianos. Por su parte, Hernández de Alba ([1944] 2023) se muestra convencido de que, en términos generales, hay una unidad cultural entre las etnias estudiadas, con lo que establece, desde el primer párrafo de su escrito, un contexto de lectura quizá incompatible con las experiencias y subjetividades locales. Y si eso puede objetarse del texto de quien fue el primer antropólogo colombiano profesional, cabe esperar que los otros artículos no estén libres de incurrir en los problemas enunciados por Gnecco o en los que quedaron en elipsis. Otero ([1952] 2023), por ejemplo, entre otros infortunios, se muestra atrapado en el fango de los adjetivos radicales a los que apela para caracterizar a las personas y cosas indígenas, como “pusilánime”, “miedosa”, “apocado”, “servil”, “misérimas”, “sucias”, “rabulescos”, “insensible”, “miserable”, “bárbara” y “lastimosa”, por citar los calificativos más gruesos. El juicioso reporte de Nachtigall ([1953] 2023) sobre el chamanismo páez se enmarca, sin embargo, en la sesgada consideración de partida de que, en la región, “solo al cristianismo le estaba reservado ejercer influencias saludables” (Nachtigall [1953] 2023, 169). Mientras tanto, de Bernal ([1953] 2023) y Rowe ([1953] 2023) quizá pueda decirse que en algunos pasajes de sus informes abusan de la presentación fragmentada de los datos.

Es necesario decir, sin embargo, que la opción de la lamentación posmoderna frente a las etnografías en molde clásico no conduce a nada, o, cuando menos, cabe decir que el de la elegía es un camino trillado a propósito de la autocrítica disciplinar, y que no siempre lleva a soluciones contundentes. De tan fácil, la crítica de lo que hicieron los pioneros puede llegar a parecer descomedida, y aún estéril, porque lo normal es que desemboque en reflexiones impresionistas y verbalmente bellas, pero poco prácticas. Gnecco, en su último párrafo, dispara salvas en honor de una “etnografía liberada” que, al evitar las convenciones

verbales de los “expertos”, hará que el discurso disciplinar brille. Pero no adelanta nada a propósito de cómo podría ser esa nueva etnografía, y de esa manera el lector, azuzado por la expectativa no cumplida, no tiene más remedio que imaginar las soluciones, que acaso sean tan esquizofrénicas como aquel irrealizable *collage* de voces sin editar —vanguardista en un sentido plenamente literario— que alguna vez, en un artículo ya canónico sobre la retórica antropológica, imaginó Stephen Tyler ([1986] 1991). Ahora bien, si se trata de que el lenguaje del oficio brille, hay que tener en cuenta que eso ya había sucedido en muchos pasajes de las clásicas monografías etnográficas de Bronisław Malinowski y Margaret Mead, y en otros tantos de la portentosa ensayística de Lévi-Strauss, sobre todo en los remates más o menos apocalípticos de *Tristes trópicos*, *El pensamiento salvaje* y las *Mitológicas*, en los que, incluso, llegan a avizorarse los últimos días de la especie (Lévi-Strauss, [1955] 1992; [1962] 1994; [1968] 1970).

La actitud más razonable frente a *Los indios del Cauca* quizá sea la de apreciar su valor antropológico y su testimonio de época, más allá de sus inocultables defectos, inevitablemente propiciados —al menos en buena parte— por su contexto social. Considérese, a modo de ilustración, la contribución de Bernal ([1953] 2023) sobre los mitos contados en Calderas. Lo que antes señalamos en ella como información fragmentada es, precisamente, lo que corresponde a la voz “no experta” reivindicada por Gnecco: casi veinte páginas —la mitad del texto— dedicadas a la transcripción, con palabras naturales y por completo a salvo de consideraciones académicas, de las tradiciones orales compartidas por los indígenas. De hecho, si de algo puede acusarse al etnógrafo es de no emprender algún análisis de su cosecha con base en la riqueza de la compilación verbal, aunque el solo gesto de ceder sus datos empíricos a los intereses diversos de la comunidad antropológica ya se antoja como un aporte académico invaluable. La colección mitográfica mencionada es, más allá del trabajo de traducción de Marco Antonio Penkue, una expresión legítima de polifonía nasa, por lo que negar el valor de ese acervo solo podría ocurrírselle a un idealista de la metodología posmoderna. Y, con la misma o parecida lógica que el aporte de Bernal ([1953] 2023), el artículo de Nachtigall ([1953] 2023) destaca el testimonio individual y la historia de vida en la reconstrucción de la práctica chamanística páez. Mientras tanto, otros textos ofrecen ejemplos de deducciones etnológicas basadas en el análisis lingüístico, de lo cual, todavía hoy, se puede sacar una lección de holismo antropológico.

Con independencia del propósito que anime a Gnecco —acaso eligió, como prólogo de su compilación, un texto o una idea ligada a otra coyuntura académica—, es claro que la publicación de *Los indios del Cauca* no persigue el objetivo de escarnecer los esbozos antropológicos de otras décadas, lo cual, como es obvio, no significa que la reedición de los trabajos mencionados no pueda ser usada para mostrar, de paso, las sesgaduras propias de otras corrientes y momentos de la antropología. Si los artículos han sido rescatados en la tercera década del siglo XXI, esto solo puede explicarse por su valor intrínseco. A ese respecto, resulta más elocuente el subtítulo de la obra que la misma tesis del introito: *Una construcción etnográfica (1890-1956)*. Esa clave verbal, antes que problematizar el corpus, lo legitima como momento necesario de un proceso histórico de conocimiento científico y humano.

Aunque el dibujo de la realidad indígena sea siempre imperfecto, es igualmente cierto que el que se ofrece a lo largo *Los indios del Cauca* evoluciona en pos de algún tipo de concreción, y que la serie de los textos reunidos permite conocer y sopesar ese proceso. Es significativo, por ejemplo, que entre el artículo más temprano y el más tardío se establezca una discusión sobre el etnónimo adecuado para aludir a la gente de Guambía: para Rowe ([1953] 2023) es inadecuada la palabra *moguex*, usada por Douay, y aunque aquel prefiere el gentilicio “guambiano”, aclara que los indígenas se refieren a sí mismos “*namuy misag*, ‘nuestra gente’” (Rowe [1953] 2023, 224). A la par de la refinación de los datos, el proceso constructivo del saber antropológico también se expresa en la recurrencia: aquello que percibimos como característico —y que no corresponde necesariamente a una falacia o a una ilusión occidental— solo puede expresarse en la reiteración, que es, por ejemplo, lo que los artículos compilados materializan en torno de temas como las prácticas de purificación de las personas y espacios en contextos de muerte y enfermedad, entre los paeces; reiteración que permite la comprensión formal de lo que, de otra manera, se antojaría como una convergencia fortuita de gestos irrepetibles. Asimismo, la audacia de Hernández de Alba de sugerir unidad cultural entre paeces y guambianos hace parte del juego de hipótesis que toda construcción etnográfica debe considerar y, si es necesario, descartar.

Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956), antes que un catálogo de los deslices de la mirada antropológica, es un testimonio palmario del espíritu colectivo de la escritura etnográfica. Es una muestra útil de cómo, por ser un fenómeno en el tiempo, el discurso sobre la cultura no solo se materializa, sino que, sobre todo, se transforma. Si, casi consumado el primer cuarto del siglo XXI, Cristóbal Gnecco siente que es necesario libertar el lenguaje para dar cuenta de la diversidad cultural —o de lo que quepa percibir en su lugar—, esto solo ha sido posible porque, antes, otros antropólogos fundaron con sus palabras un tema para la conversación disciplinar. Los subtítulos del libro y del prólogo, en los que se impone la noción de la *construcción*, sugieren que no otra es la conciencia del prologuista, por más que, al adentrarse en sus párrafos, parezca que se extravía por el camino de la diatriba anacrónica.

Referencias

- Bernal, Segundo. [1953] 2023. “Mitología y cuentos de la parcialidad de Calderas, Tierradentro”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 185-218. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Douay, Léon. [1890] 2023. “Contribución al americanismo del Cauca (Colombia)”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 41-66. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Friede, Juan. 1944. *El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del Macizo Central Colombiano*. Bogotá: Espiral.
- Gnecco, Cristóbal. 2023. “Prólogo: la construcción de un objeto discursivo”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 9-33. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

- Hernández de Alba, Gregorio. [1944] 2023. “Etnología de moguex y páez”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 93-124. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Lévi-Strauss, Claude. [1955] 1992. *Tristes trópicos*. Barcelona: Paidós.
- Lévi-Strauss, Claude. [1962] 1994. *El pensamiento salvaje*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, Claude. [1968] 1970. *Mitológicas III. El origen de las maneras de mesa*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Nachtigall, Horst. [1953] 2023. “Shamanismo entre los indios paeces”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 163-183. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Otero, Jesús María. [1952] 2023. “Los indios guambianos”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 127-160. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Pittier de Fábrega, Henry. [1907] 2023. “Notas etnográficas y lingüísticas sobre los indios paeces de Tierradentro, Cauca, Colombia”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 69-91. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rowe, John. [1953] 2023. “Un esbozo etnográfico de Guambía, Colombia”. En *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)*, compilado por Cristóbal Gnecco, 221-251. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Tyler, Stephen A. [1986] 1991. “Etnografía postmoderna: desde el documento de lo oculto al oculto documento”. En *Retóricas de la antropología*, editado por James Clifford y George E. Marcus, 183-204. Madrid: Júcar.